



PAUL SERMON

La poética del dormitorio

En la imagen, 'Telematic dreaming', instalación del artista británico Paul Sermon en la que lo real y lo virtual conviven sobre la cama de un dormitorio

El confinamiento y las redes amenazan la intimidad de nuestras alcobas para abocarnos a vidas-trabajo. Un recorrido por la cultura de este espacio íntimo

IRENE SOLÉ QUEVEDO

En el año 1670 Blaise Pascal escribía en sus *Pensamientos*: "Todas las desgracias del hombre se derivan del hecho de no ser capaz de estar tranquilamente y solo en una habitación". Sin saberlo, el matemático francés auguraba una problemática de total contemporaneidad: la importancia de disponer de un espacio de quietud y de reflexión. ¿Qué ocurre cuando el dormitorio deja de ser el lugar dedicado al descanso y al pensamiento para convertirse en el espacio desde donde trabajamos y nos presentamos al mundo virtual?

Antes del confinamiento ya existían determinados oficios que, gracias a la red, podían desarrollarse desde el hogar. Los creadores de contenido digital, por ejemplo, utilizan sus alcobas no solo como espacios de producción, sino tam-

bién como producto. El *Room tour*, vídeo en el que un sujeto enseña detalladamente su dormitorio, es una de las piezas que más éxito tienen. Ibai Llanos, creador de contenido para Twitich y YouTube, acumula casi siete millones de visitas en el vídeo donde enseña su nueva mansión y, en concreto, su lujosa habitación. Para los *influencers* y creadores digitales, hace tiempo que el mundo virtual ha invadido lo privado para convertirlo en público, borrando así los límites entre lugar de trabajo y de reposo.

La pandemia ha cambiado el modo de relacionarnos con nuestras alcobas. Con el teletrabajo, sectores laborales muy diversos están normalizando que las transiciones entre trabajo y hogar dejen de ser materiales para pasar a ser simbólicas y, al mismo tiempo, se está produciendo una hiperexposición del yo en la red. Los

límites que separan las esferas públicas y privadas cada vez son más difusos y esto produce que las actividades que antaño se desarrollaban en la intimidad del dormitorio ahora se vean invadidas por lo externo.

UN CUARTO PROPIO CONECTADO

Remedios Zafra, científica titular en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), propuso emplear la expresión *cuarto propio conectado* para describir la relación que tenemos actualmente con nuestras habitaciones. El dormitorio ya no es solamente ese espacio aislado del resto del hogar, dedicado al yo por antonomasia, sino que ahora también se despliega como la estancia idónea para conectarse al mundo virtual. La obra *Telematic dreaming* de Paul Sermon ilustra >

Entrevista a Remedios Zafra, autora de 'Frágiles'

“La clave está en que el espacio propio pueda ser también tiempo propio”

I. SOLÉ QUEVEDO

La ensayista e investigadora del CSIC acaba de publicar *Frágiles* (Anagrama), que especula sobre las condiciones de vida y de trabajo en la habitación conectada.

¿Cómo cree que el confinamiento ha modificado nuestra relación con el cuarto propio conectado?

La pandemia ha revolucionado la materialidad de nuestra vida interior. El cuarto propio conectado ha sido tanto pantalla de proyección al mundo exterior como de protección del mismo. Educación y trabajo se han solapado a la vida doméstica, donde llevábamos tiempo teletrabajando, pero no de esta manera. De pronto el teletrabajo se ha hecho especialmente ruidoso e intrusivo, hablamos por videollamada a cada rato, y se ha derramado en nuestras casas hacia algo parecido a vidas-trabajo. Confinamiento y pandemia han mostrado amplificadas las desigualdades de las vidas de muchas personas y han evidenciado que el hogar urbano contemporáneo no responde al mundo que viene.

¿Nuestro dormitorio sigue siendo un espacio idóneo para la creación? En 'Frágiles' apunta que el modo artístico se ha convertido en el patrón del nuevo modelo económico y de las formas de autoexplotación. ¿Cómo funciona esta estrategia?

El dormitorio es un espacio cargado de historia para la creación. La mayoría de escritores enfermos realizaron desde él gran parte de sus obras. Hoy podemos hablar de que tenemos dormitorios-auditorios, donde no solo escribimos, sino que desde ellos damos conferencias o clases. La posibilidad de estar conectados todo el tiempo acrecienta hoy la deriva en el trabajo. Si a ello se suma que el trabajo inmaterial se encadena con multitud de tareas de presentación, autogestión y difusión en las redes podemos entender mejor la idea de que el sujeto (trabajador) es no solo usuario sino producto de las redes. Así, se normaliza su exhibición constante en el escaparate digital a través de su nombre, que es también su marca. En este sentido se produce un paralelismo entre estos modos de habitar/trabajar en la red con el modo artístico como modo económico, donde el artista siente que es artista *todo el tiempo* (y que no deja de serlo cuando come o duerme).

También vincula la autoexplotación con el patriarcado.

La analogía que propongo parte de una de las claves del patriarcado que coincide con la autoexplotación: convertir a los sujetos subordinados en agentes responsables de su propia subordinación, es decir, proyectar sobre ellos la responsabilidad de mantener y reproducir un sistema que los maltrata. Así como perversamente el patriarcado educa a las mujeres en ser defensoras del sistema conservador que las subordina, las nuevas formas neoliberales nos empujan a ser engranajes de un sistema que nos funde en la hiperproductividad competitiva y donde la ansiedad, la contingencia y la precariedad caracterizan esos ritmos.

Una de las nuevas funciones de los cuartos propios conectados es la alimentación de los yoes virtuales. ¿Cómo es que nunca como ahora se había prodigado tanto el 'ser online' con el tener?

Pienso que es consecuencia de las mutaciones de las lógicas consumistas y capitalistas sobre las que se estructura la red, y especialmente las redes sociales. En tanto que estas se articulan sobre el yo como centro y punto de acceso a los otros, el yo se siente obligado a pronunciarse para ser visto y ocurre que cada pronunciamiento es un fragmento de experiencia compartida, un fragmento archivable que va conformando la biografía de cada cual, de manera aditiva, fácilmente *operacionalizable* y cuantificable. Allí donde el servicio es gratuito, somos el producto y, a cambio de su uso, damos datos e información. Es parte de la economía que traduce vida y afectos en valor de mercado.

¿El cuarto propio conectado puede tener una capacidad política transgresora?

Claro. La clave está en que ese espacio propio pueda ser también *tiempo propio*. Las habitaciones conectadas tienen la potencia del espacio privado e íntimo y el acceso a lo público (conocimiento, trabajo, socialidad...), pero si las compuertas que permiten este flujo están abiertas por defecto, la saturación lo inunda todo. Hasta hace poco el cuarto propio conectado era el contrapunto a la vida nómada de los trabajos en oficinas donde *estar* no era sinónimo de trabajar, pues había multitud de distracciones, mientras que en la casa habitaba el silencio y la posibilidad de concentrarnos. Con las nuevas fórmulas de teletrabajo el escenario está cambiando y exigen nuevos aprendizajes y modificaciones del espacio para que resulte transgresor.



XAVIER GEMERA

“El teletrabajo se ha hecho ruidoso e intrusivo, y se ha derramado en nuestras casas hacia algo parecido a vidas-trabajo”

“Hoy podemos hablar de que tenemos dormitorios auditorios, donde no solo escribimos, damos conferencias o clases”



Esa privacidad del dormitorio que ahora estamos perdiendo fue algo muy difícil de conseguir en su origen

Para influencers y youtubers, hace tiempo que el mundo virtual ha invadido lo privado para convertirlo en público

> el concepto de Zafra y también recobra vigencia con el confinamiento: el artista convierte una cama en un soporte de imágenes de alta resolución en el que al lado de una persona real se proyecta la imagen de otra virtual. El resultado es la interacción de una pareja íntimamente viva, aunque a miles de kilómetros de distancia. La obra *Surveillance bed* de Julia Scher añade nuevos matices a este último discurso. La artista sitúa en cada esquina de una cama un monitor conectado a una cámara que graba al durmiente; el espacio íntimo del sujeto que lo ocupa queda totalmente expuesto. De este modo, la obra analiza el control que se ejerce en el contexto digital y cuestiona el concepto de intimidad en la sociedad-red. Una intimidad que, si ahondáramos en sus orígenes, veríamos que ha costado siglos conseguir. ¿En qué momento empezamos a otorgar al dormitorio esta privacidad que ahora estamos perdiendo?

EL DESPERTAR DEL 'STIMMUNG'

El dormitorio como topografía de nuestro ser más íntimo, como apuntaba Gaston Bachelard en *La poética del espacio*, es reciente. De hecho, no es hasta los siglos XVIII y XIX que al valor de refugio de la habitación se le empieza a sumar el de intimidad, domesticidad y confort. Es en este momento cuando la estancia em-

pieza a presentarse como una extensión de aquel que la ocupa, llegando a actuar como espejo de su persona. Mario Praz denominará *stimmung* a esta sensación de intimidad que crean en una habitación sus elementos y la forma en que estos reflejan el alma del propietario. El libro *Viaje alrededor de mi habitación* (1794) de Xavier de Maistre es un precedente de los estrechos vínculos que los humanos hemos hilado con nuestras alcobas. Tras ser castigado confinándolo en su dormitorio durante cuarenta y dos días, el escritor emprendió un viaje por su propio dormitorio que describió como “ámbito delicioso en cuyo interior se encierran todos los bienes y todas las riquezas del mundo”.

Quizás una de las primeras cosas que advirtió Gregor Samsa cuando se despertó convertido en insecto fue la marca de su nueva espalda, ahora caparazón, impresa sobre las sábanas de la cama. En la vida real, los cambios en la habitación son progresivos, pero en Kafka ocurren de la noche a la mañana. *La metamorfosis* revela una conexión entre alcoba y dueño todavía más intensa: la transformación no solo afecta al protagonista, sino que también tiene consecuencias sobre su dormitorio, que la familia termina utilizando como trastero. En este caso, el cuarto se presenta como un espejo del

proceso de degradación que sufre Gregor Samsa.

ENTRE LO TERRESTRE Y LO ESPIRITUAL

Antes de convertirse en un espacio líquido, las funciones del dormitorio acogían todas aquellas prácticas relacionadas con el descanso y la autorreflexión. Aparte de custodiar los sueños de sus dueños, la habitación también ha sido y es santuario del amor, de la fe, de la creación e, incluso, de la muerte. Todos estos acontecimientos que ocurren en el dormitorio tienen en común que reconocen



Además de custodiar los sueños, la alcoba ha sido y es santuario del amor, de la fe, la creación, incluso de la muerte

la estancia como una especie de puente entre el mundo terrestre y un mundo más bien de carácter espiritual u onírico. En el acto sexual, el dormitorio desaparece y el único espacio que queda es el del cuerpo del otro, fuente de placer y, por un instante, de liberación del mismo cuerpo y del mundo. Como diría Gabriel Ferrater en su poema *Úter*: “Parts del seu cos, no les més íntimes/ però parts del seu cos, s’han escampat/ i repartit pels quatre o vint cantons/ d’aquesta cambra. I ara visc/ tot encladat dins la cosa que estimo”.

En los monasterios renacentistas y barrocos, cada religioso tenía una celda individual y austera donde, además de dormir, buscaba agrandar su alma mediante la oración. Figuras como santa Teresa plasmaron en su literatura cómo la plegaria realizada en la soledad de su habitación permitía la comunicación con Dios: “Vivo ya fuera de mí/ después que muero de amor;/ porque vivo en el Señor,/ que me quiso para sí;/ cuando el corazón le di/ puse en él este letrero:/ que muero porque no muero”. Vivir fuera de ella misma implica sentirse abrazada por los brazos de Dios, liberada de las paredes de la alcoba. De nuevo, hemos pasado de un espacio mundano a otro místico e indefinible. Pero si hay un personaje religioso que la historia del arte ha vinculado es-

trechamente con la alcoba es la Virgen María: tanto su nacimiento, plasmado en lienzo por pintores como Giotto en la capilla Scrovegni de Padua, como la Anunciación han sido representados como escenas de carácter doméstico, ambientadas en el interior de un dormitorio.

El dormitorio también cobra protagonismo en el proceso creativo. En la escritura, el aposento nos transporta al mundo de la memoria y la imaginación. Citando a Marcel Proust: “Al final, ya no se escribe bien nada más que en la cama (...) Las paredes de la habitación son porosas al sueño y sus muros son como los de las pirámides, amurallados hacia fuera y enteramente orientados hacia su deslumbrante interior”. La escritura como viaje de introspección, reforzado por los muros del dormitorio, ha mutado hacia la permeabilidad de las habitaciones de los creadores actuales, quienes se enfrentan al ruido y a la distracción constante de la red. El silencio y aislamiento del proceso creativo se han visto perturbados por los constantes *inputs* de las nuevas tecnologías.

Durante siglos, la alcoba ha sido la primera y última estancia de la vida. De nuevo, una pasarela que conduce desde el dormitorio a un lugar que, para todos los que todavía estamos vivos, es un misterio. *Gritos y susurros*, de Ingmar Bergman, narra los últimos días de Agnes, una mujer de mediana edad que sufre un cáncer de útero avanzado y que espera la muerte tumbada en la cama, acompañada de sus hermanas. Hasta no hace mucho, la muerte era un ritual donde el escenario era la estancia del enfermo y venía acompañado por la familia, el médico y el cura. Si la medicalización de la salud ha trasladado el calor íntimo de esta espera a la impersonalidad de los hospitales, la pandemia, además, ha intensificado esta frialdad y ha privado atrocemente al enfermo de la cercanía de los suyos.

ESPACIO DE REPRESENTACIÓN

El siglo XX empezó con un Kafka reivindicativo: “Yo no puedo dormir más que solo y en una habitación propia. No puedo soportar la vida en común con la gente”. La necesidad de poseer un espacio personal dejó de ser un deseo para convertirse en un reclamo; Virginia Woolf, por su parte, demandaría una habitación propia donde las mujeres pudieran desarrollar sus inquietudes artísticas. Un siglo más tarde, con la llegada de internet y de la pandemia, el término *cuarto propio* se nos queda corto: ahora debe estar conectado.

El confinamiento ha comportado que nuestro dormitorio sea el telón de fondo de TikToks, reuniones laborales o simples videollamadas con amigos. Esto ha conducido a que una de las nuevas funciones de este espacio personal sea la constante representación y presentación del yo en el mundo virtual. Si había un espacio en el que no teníamos que preocuparnos por nuestro modo de hacer y vestir, era la alcoba. Cuando hacemos videoconferencias peinados, con camisa, pero con pantalones de pijama, se evidencia esta invasión que se está produciendo de la esfera pública en la privada y que la pandemia ha intensificado.

Sin embargo, lo más peligroso de esta constante representación en redes es que está sujeta a la lógica capitalista: como señala Remedios Zafra, *ser implica tener* (más amigos, más *likes*, más visitas...). El artista Jasper Elings lo representa en *Flashing in the mirror*, un vídeo realizado con fotos encontradas en internet de personas en el espejo. En el montaje el flash se mueve circularmente, asociando así la exposición online a un deseo y una práctica sin límites. Una conexión 24/7 que sigue los ritmos del mercado y que intenta convertir los espacios que antes dedicábamos al descanso y al yo en producción y consumo. ¿Es posible devolver a nuestros cuartos propios, ahora conectados, la quietud que reclamaba Pascal? |